



A las cuatro y diez de la madrugada del miércoles 11, un Citroën se detenía frente a la librería Alberti, de Madrid. De su interior salió una ráfaga de ametralladora. Los dos policías que defienden la librería se parapetaron tras las puertas antibala del establecimiento. El coche desapareció velozmente para volver a los pocos minutos. Mientras tanto, los guardianes habían solicitado refuerzos. Al llegar éstos, se originó un tiroteo entre los ocupantes del coche y las fuerzas del orden. Poco después, los asaltantes eran detenidos en una gasolinera próxima mientras cambiaban una rueda que había sido acibillada por los disparos de los agentes. Según se averiguó más tarde, los atacantes, entre los que figuraba un sargento de paracaidistas, habían sido los mismos que, unas horas antes, habían hostigado a los clientes de un establecimiento público, a los que habían obligado, pistola en mano, a cantar el "Cara al sol" y saludar brazo en alto. El director de la librería, Enrique Lagunero, ha hecho unas declaraciones, en las que agradece a los policías el que se hayan jugado la vida por defender la librería de unos extremistas que tratan de desestabilizar la actual situación para cortar el paso a la democracia.

ILUSTRE COLEGIO OFICIAL DE DOCTORES Y LICENCIADOS EN FILOSOFIA Y LETRAS Y EN CIENCIAS DEL D. U. DE MADRID

ANTE los anunciados cierres de centros de enseñanza, este Colegio de Doctores y Licenciados convoca a todos los colegiados amenazados por esta situación a una REUNION EN LOS LOCALES DEL COLEGIO EL DIA 23, lunes, a las 7,30 DE LA TARDE.

— Asimismo recuerda a los enseñantes que no DEBEN FIRMAR EL FINIQUITO, en el caso de que les sea solicitado, SIN CONSULTAR ANTES CON EL ASESOR JURIDICO DEL COLEGIO.

La Capilla siXtina

EL CENTRO DEL EMBUDO

LAS candidaturas del Centro Democrático "suarista" han entrado con calzador. Unos dicen que lo ha urdido Martín Villa, otros que Calvo Sotelo, pero lo cierto es que "los hombres del presidente" han entrado a codazos y han desbancado a gentes que llevaban largos años de oposición democrática. La alianza con los aparatos del Estado para acabar de liquidar el franquismo ha tenido un precio político. La izquierda ha pagado con símbolos y algunas porciones de ideología. La derecha ha pagado carne humana. Acude a mi casa Paco Hinojosa. Ojos enrojecidos por el llanto. Un disgusto de muerte que se ha traducido en un lumbago de pócero. Balbucea jeremiadas frente al muro de las lamentaciones de mi aparato televisivo recién apagado.

—Estoy deshecho, Sixto. Yo, que empecé a cenar democráticamente en mil novecientos setenta, ¡en mil novecientos setenta!, cuando lo más que se hacía era merendar chocolate con picatostes con Ridruejo o con Gil-Robles. Yo fui uno de los primeros demócratas de derechas que propuso ampliar la convocatoria y movilizar a las masas en torno a un menú de doscientas a trescientas pesetas. ¡Los precios de mil novecientos setenta o mil novecientos setenta y uno! Yo también fui de los primeros que propuso invitar a un rojo de vez en cuando y recuerdo la cara que puso Alberto Ballarín cuando lo propuse, o Gavilanes. ¿Quién se acuerda de Gavilanes? Y Prados Arrarte, cuando se enfurecía hablando en voz alta del Opus Dei y terminaba gritando: ¡Arramblan con todo! Y este culo mío, Sixto, pobrecito. Las sesiones que ha aguantado soportando trescientas cuarenta intervenciones seguidas sobre el mismo tema y con parecidos adjetivos, en una noche, Sixto, en una noche. Y luego la Junta y la Plataforma. La Platajunta. La Coordinadora. Y yo como un clavo, reunión a reunión. Todos nos conocíamos. Había confianza. Pero ahora... El otro día nos convocan para hacer la lista del Centro Democrático y ya me dio mala impresión el recibimiento. Había una señorita en la puerta en funciones de recepcionista y te anotaba el nombre y el apellido:

—¿De qué partido es usted.

—Independiente —le contesto.

—¿De qué Banco?

—De ninguno.

—¿Representa algún grupo de presión?

—¡Señorita! ¡Dios me libre!

—Pues no sé si le dejarán entrar.

—Diga que ha llegado Paco Hinojosa. Ese es mi título. Demócrata desde el dos de abril de mil novecientos treinta y nueve.

Al rato, Sixto, me sale Pepe Urdiales, ya le conoces, un caballero, un diplomático. Hace un aparte conmigo: "Mira, Paco, las cosas han cambiado. Ya sabes que las listas de candidatos tienen un límite. He tratado de que te respetaran el número treinta y uno, pero no ha sido posible". "¿El treinta y uno para mí? ¿Tú conoces mi historial?". "Sí, Paco, es lamentable, pero... es casi una ley física, donde caben treinta y tres candidatos no caben treinta y cinco, comprende". Y así estoy, Sixto, desanimado, comprendiendo de pronto que han llegado otros tiempos y que aún veremos genocidios más bestiales.

He recomendado paciencia a mi amigo. Espera. Estas elecciones van a gastar mucho a los políticos. Las próximas serán las buenas. Inútil consuelo. Paco se ha ido palpándose los riñones con las manos y se ha caído a la altura del tercer piso para no levantarse hasta llegar rodando al primero. Y lo de levantarse es un decir, porque se lo han llevado en camilla hacia una ambulancia que he convocado entre zozobras y aturdimientos. El Centro del Embudo se ha cobrado la primera víctima. ■

SIXTO CAMARA